

El Poder de la Mirada

por JULIO ORTEGA

La novela de Elena Poniatowska posee la claridad emotiva de una acción de gracias, y el estremecimiento de un relato de aprendizajes. Tiene una feliz dinámica narrativa, que no desmaya, y la rara autoridad de la simpatía. Su límpida prosa transparenta un acrobata maduro.

Suma de lección histórica y crónica familiar, de memoria científica y biografía espiritual, esta novela reconstruye el pasado como una promesa del porvenir. Es una novela poseída por la noción clásica de que la vida se debe a su realización plena. Esa visión clásica se desarrolla en la fábula biográfica, esto es, en el proyecto vital forjado en las posibilidades del medio y su tiempo; y se pone a prueba en la aventura del conocimiento, que es capaz de exceder el medio y trascender su tiempo para ampliar sus límites. Por eso, está es una novela sobre la fuerza apasionada de la creatividad.

Esa vocación de aprender y hacer, de descubrir y enseñar contaminan a esta historia del siglo, como si su narración fuese un proyecto abierto por una vida compartida que no cesa de recomenzar. En esto *La piel del cielo* (Alfaguara, Santiago, 2001) es fiel a su motivación interna: es memoria ejemplar de su tiempo, hija del siglo que ofrenda. Lo es tanto por la saga de un sujeto del saber, que se construye en el progreso de la narración, cronológicamente; como por la fe en un relato capaz de articular la vida y la historia en su elaboración misma. Y ello demuestra el carácter profundamente latinoamericano de esta novela: es una alegoría de la identidad creadora y de la nacionalidad creativa.

Un viaje al siglo

El héroe, Lorenzo de Tena, es un sujeto en formación, y por eso la primera línea es una pregunta por el mundo dirigida a la madre. Notablemente, es una pregunta por el horizonte de la mirada. La madre, que gusta la novela al darle al hijo la palabra narrativa, la palabra de la promesa, promete: "Te voy a llevar más lejos de lo que se ve a simple vista". El drama de la mirada se sitúa entre la pregunta por el fin ("¿que acaba el mundo?") y la respuesta sin fin ("No, no se acaba"). Más allá de los ojos está el poder de la mirada, esa potencialidad de conocer. "Lorenzo miraba el horizonte," y él y su madre "se entendían con sólo mirarse." El niño, en el tren, se asombra de "ver fuera el paisaje", y la madre en sus ojos "leyó el horror al vacío"; "vas a ver que todo recomienza," le anuncia. "¿Por qué el ojo no ve más allá?", vuelve a preguntar; para ella "Sólo un libro de lectura le era suficiente, el de la naturaleza". Ya esta abertura nos sitúa en el proyecto novelesco de una hipótesis del conocimiento: este héroe de la mirada se hará entre la naturaleza y su lectura, entre el cielo y la ciencia, entre la biografía de aprender y el aprendizaje de vivir.

Hijo del discurso mexicano, Lorenzo y sus hermanos son "hijos naturales" de un padre aristocrático y desaparecido; y, pronto, "huérfanos" de una madre que había convertido a la naturaleza en huerta y al mundo en lenguaje. La hermana se lamenta: "Tú que papá no me hace caso, no me ve." Si la herencia materna es la mirada, la paternidad es el lugar social, lo que dará inicio a la rebeldía del hijo. Pronto, la novela del aprendizaje se desarrolla desde nuevas preguntas por la mirada y entre lecciones de hermenéutica local (el cura del colegio tiene una visión profética: ve el alma de Benito Juárez descendiendo a los infernos). La crónica familiar se desarrolla como la figura ejemplar de una alegoría mexicana: el desamparo es el origen y la sociedad de clases el destino; pero la rebeldía del hijo mayor será la puesta en crisis de esa lógica tradicional: en lugar de un relato trascendente sobre el pecado original mexicano, la novela desarrolla su hipótesis del conocimiento como la aventura del sujeto liberado en su signo.

El niño que quería ver más será el estudiante de astronomía, saber que le permitirá descubrir que la realidad está apenas entrevista y siempre por verse mejor. En la lectura de los astros se le revelará el origen conceptual y el saber inextinguible. Sólo que es una vuelta de fuerza, de anteojos o telescopios, el cielo estelar lo devuelve a su tiempo y su



medio, con una mirada aún más crítica de la apariencia y más urgente de certezas. La novela, por lo mismo, se desarrolla como la biografía de un joven que se realiza en la ciencia, que se convierte en un eminente astrónomo. Pero la persuasión alegórica de esta novela sitúa la historia social mexicana en las coordenadas de una racionalidad mayor, en el escenario de un mapa del siglo que incluye tanto la discordia histórica como su refutación puntual.

La piel del cielo no es una novela científica ni busca armar una intriga en torno a la ciencia. Más bien, se arma como la biografía de un hombre de ciencia en tanto héroe del discurso de la modernidad secular; y también como el desarrollo de una disciplina, la astronomía, cuya crónica mexicana testimonia un saber no sólo situado socialmente sino también beneficiado por el espíritu creador de su sacerdocio crítico. Así, la novela discute sobre astronomía para sumar las estrellas y los hombres, desde los mayas visionarios hasta los científicos españoles del exilio de la guerra civil; y culmina con la aventura de los jóvenes mexicanos que fundan la comunidad moderna de los nuevos visionarios, capaces de auscultar los orígenes del mundo en el mapa estelar.

La conciencia ética aparece como una puerta a prueba de la verdad, entre la vergüenza social de una hermana embaucada y el orgullo que se niega a transigir. En esa encrucijada se construye un sujeto que resiste la resignación amoral de la socialización, y que sólo tiene sus fuerzas para afirmar su libertad. Así, un personaje que rehúye "la imbecil vida diaria" forja su propio relato desde la crítica de la sociabilidad, poniendo en cuestión el horizonte previsto para lo novelesco.

Historia de un astrónomo

En lugar de "la novela de la política," en casa de Luis Enrique Erro, el patriarca sordo, Lorenzo recibe la revelación de un secreto: "Tengo un telescopio instalado en la azotea, ¿le gustaría verlo?" Ver más lejos para ver mejor lo inmediato, esa lección de la mirada científica recupera a Lorenzo de la fatiga estudiantil. La novela ya se sentía la fábula del sujeto aprendiz, sino la gesta del sujeto inquisitivo. Los personajes históricos ocupan ahora el relato, y la biografía de Lorenzo se impone como un saber del futuro.

En Tonantzintla, entre 1949 y 1951, Lorenzo y su equipo habían descubierto 437 objetos en una región de 400 grados cuadrados: esta declaración es un hecho documental, pero en esta novela, si le devolvemos el entropionizado, es una frase que resume una vida. La verdad histórica assume la forma de la conchabura novelesca.

Por lo mismo, la novela menciona, de paso, al sujeto biográfico que ella ha narrado entre el documento histórico y la fábula de los saberes: Guillermo Haro (1913-1988), el astrónomo mexicano de mayor impacto internacional. Haro estudió muy joven Derecho, carrera que abandonó pronto; estuvo en Harvard entre 1943 y 1947; y en el observatorio de Tonantzintla descubrió, y dio su nombre, a estrellas, nebulosas y otros cuerpos astrales. Fue una autoridad mundial en el estudio de la evolución de las estrellas, y el maestro inventor de la astronomía en México. Fue también caposo de Elena Poniatowska. La novela no lo declara, pero al final, en la parte del lector, se nos imponen las evidencias. La autora ha seguido documentalmente la historia de Guillermo Haro, pero al situarse ella fuera del relato, ha querido darle a su canto amoroso la libertad que este personaje extraordinario había ganado para ella. Libertad creadora que es también de nosotros, sus lectores.



El poder de la mirada [artículo] Julio Ortega.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ortega, Julio, 1942-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El poder de la mirada [artículo] Julio Ortega. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile